

Guillermo Berger

## El idealismo humanitario de Johann Wolfgang V. Goethe



ANTE, Shakespeare, Cervantes y Goethe—gigantes de la historia espiritual humana, encarnaciones del espíritu divino, pertenecen no solamente a la raza, a la nación en que surgieron, sino a toda la humanidad. Su desarrollo, su importancia sin igual, su grandeza solitaria, todo es fruto característico tanto de su época y de su pueblo como del genio humano y de la gracia divina.

Así como Homero está en el centro del mundo antiguo, Goethe representa el centro mundial del individualismo humanitario moderno, manifestado en él, por primera vez, artísticamente.

La historia literaria de la época de Goethe está ampliamente relacionada con la filosofía: poesía y filosofía de este tiempo constituyen una armoniosa unidad intelectual. De este modo, la historia de las ideas, aunque hayan sido ensayos hipotéticos, corresponde específicamente a la historia de literatura de su época.

El tiempo de Goethe surgió de la época de la «Ilustración» (Aufklärung) y en parte contradiciéndola. Esa época nació cuando la razón humana parecía triunfar sobre la simplicidad del dogma cristiano y terminaba en ateísmo científico incondicional. De esta revolución espiritual anticristiana, sin embargo,

resultó el énfasis de un inmenso anhelo mundial, de una pasión ferviente de vivir y de gozar, como dice Fausto: «Con valor me sienta para arriesgarme en el mundo a soportar la miseria de esta tierra y su felicidad».

En contraste con el individualismo célico del cristianismo, el sistema de la «Aufklärung», basado en un individualismo terrestre, fué el punto de partida de un nuevo humanismo. Destruyendo la cultura espiritual de la Edad Media, creó una cultura netamente mundana, de la cual resultó la cultura moderna europea y nuevos deseos de vivir. Pero su lucha incesante contra los insolubles problemas filosóficos dió origen, finalmente, a un pesimismo desesperado, a una intranquilidad maldita, a esfuerzos infatigables, para solucionar los enigmas vitales y alcanzar la felicidad y la tranquilidad del alma en el seno de la sabiduría y del gozo. Y eso es lo fundamental en la obra maestra de Goethe, en el «Fausto». La bancarrota de todos estos esfuerzos científicos para conocer lo que forma la esencia del mundo, las raíces de nuestro ser, esta bancarrota del racionalismo, induce al héroe de este drama a renunciar y a contentarse con el trabajo práctico y social para el bienestar de su pueblo. «En la luz radiante de esta dicha estoy gozando ahora el momento supremo de mi vida» (Fausto II, acto 5).

Se trata de un nuevo individualismo, entonces, lleno de vigor y entusiasmo. El sabio Wagner, en las primeras escenas, es un tipo satirizado, el pedante característico de la «Aufklärung». Mephisto sirve como símbolo grotesco de la sofística peligrosa del racionalismo. Pero Fausto es el gran símbolo, el representante del espíritu filosófico, valiente e incansable, del desarrollo científico de occidente, de la Europa central moderna, del «Abendland».

No tuvieron consecuencias literarias de importancia otras influencias de la época contemporánea del joven Goethe, como el «Sturm und Drang», una literatura casi pantagruelica, originada en ideas de Rousseau, mientras el sentimentalismo de éste, como el de Richardson y otros, se presentó en «Werther».

Es muy significativo para la fama internacional del «Werther», destacar su enorme influencia sobre el sentimentalismo llorón, sobre la moda, la novela y el estilo de las cartas amorosas de toda una época. Se le tradujo sin tardar a casi todos los idiomas cultos, y aún «los chinos pintaron con mano temblorosa las figuras de los tristes amantes en sus tazas de porcelana». El mismo Napoleón llevaba un ejemplar del «Werther» consigo en su expedición a Egipto, y durante el Congreso de Erfurt, lo comentó detalladamente con Goethe, a quien admiraba mucho. «¡C'est un homme!».

El idealismo alemán, esta concepción genial de la época goethiana, representa una síntesis del idealismo sobrenatural del cristianismo y del de la «Aufklärung»: La influencia de Kant, el gran filósofo criticista alemán, así como la de Herder, Schiller, Leibniz, Shaftesbury y Spinoza, contribuyeron asimismo a formar el concepto de vida y la personalidad de Goethe.

Herder, un verdadero Fausto teológico, desarrolló y corrigió las ideas de Rousseau; Schiller le entremezcló la filosofía kantiana; Leibniz y Spinoza le llevaron a la convicción de un panteísmo universal, expresado individualmente, y Shaftesbury le hizo sentir el influjo de su filosofía estética.

Ahora, no la persona sino la personalidad es el ideal: «Suprema felicidad de los hijos de esta tierra es solamente y únicamente la personalidad». Hay que desarrollarla desde dentro de la individualidad; aquí está el problema y la tarea de cada vida humana.

Después de su genialidad juvenil, entró Goethe en una época ética, simbolizada en «Ifigenia», su drama netamente clásico; el idealismo humanitario siguió al idealismo romántico. Este desarrollo se puede constatar también acto por acto en el «Fausto», obra que escribió durante 60 años de su vida, terminándola poco antes de su muerte.

En sus obras, en la esfera de su poesía, Goethe, de una manera ejemplar, reunió el examen escrupuloso de su mismo pensar

y sentir y de su mismo desarrollo intelectual con el genio de un gran poeta. Su producción artística es una síntesis de individualidad y cultura, de lo particular y de lo universal. Todas sus obras son «fragmentos de una gran confesión».

Y esta vida de Goethe, en la culminación de su gloria, entre los honores brillantes de la corte de su amigo, el duque de Sajonia-Weimar, coronado del laurel inmortal ya desde las obras de su juventud, el drama «Gotz (Godofredo)» y el «Werther», esta vida no era feliz, no tenía, como él mismo decía, «ni cuatro semanas de felicidad». Mientras experimentaba todos los goces y desastres de esta tierra, su severo carácter, herencia paternal, le hizo sentir la suerte funesta del vivir intensamente.

Extraña todo eso, tomando en consideración que ningún escritor tuvo una vida tan llena de éxitos, de honores y admiración general, como nuestro alaureado poeta, desde su cuna hasta la muerte. Se ve que la felicidad, y la desgracia, no siempre dependen de los acontecimientos exteriores, sino que son «disposiciones del ánimo». «Todo lo conceden los dioses a los mortales enteramente; todas las felicidades celestes y todos los sufrimientos sin fin».

Goethe mismo era Werther (en parte, naturalmente), y era también Orestes, Tasso, Egmont, etc. Siempre se liberaba de su pesadumbre, escribiendo lo que sentía: lo que le daba pena y lo que le hacía feliz, y esta materialización catártica le procuró la libertad relativa del alma. «Tua res agitur». Individuo y autor eran uno en Goethe, «escribió sus poesías viviendo y vivía escribiendo».

Especialmente el «Tasso» es un drama autobiográfico, nacido entre las dificultades de la pequeña corte de Sajonia-Weimar, de sus rivalidades y enemistades, de la devoción cobarde de los cortesanos, celosos contra el amigo favorecido del joven príncipe. Cambió Goethe esta corte por la de Ferrara, vistiendo a los actores con los trajes históricos del Renacimiento. Una

de las dos Leonoras es la princesa; la otra, su amante, Carlota de Stein. Así resultó el producto más íntimo y osado, en las formas nobles del clasicismo culto.

Nos muestra el «Tasso», que la verdadera humanidad nace exclusivamente del trato con los hombres. La alta cultura social—en esta obra—simboliza la última flor y el ideal supremo de la ética humanitaria: «No se permite nunca lo que place sino lo que conviene».

Muy relacionado con el drama «Nathan el Sabio», de Lessing, «Ifigenia» es el drama típicamente humanitario. Enseña noblemente que todos los conflictos entre los hombres pueden solucionarse de una manera pacífica y humana, que las pasiones más feroces pueden ser calmadas por la pureza ética y devota. «Todos los defectos humanos los expía la humanidad pura». Nos enseña Goethe que ningún conflicto entre deber y deseos significa una objeción en contra de la moralidad.

Maurice Barrès, admirador ferviente de la disciplina católica autoritaria, caracterizó a la «Ifigenia» como obra perfectamente civilizadora, que defiende los derechos de la sociedad contra el orgullo del espíritu.

Tal como el «Fausto», la novela autobiográfica «Wilhelm Meister» termina en una utopía social.

El incipiente clasicismo se caracteriza claramente por su espíritu ético, así como por su culto renovado de la razón, contrastando con el amoralismo de la época anterior, del «Sturm und Drang». Herder y Goethe, ambos, en el concepto que se forjan del mundo, son evolucionistas. El hombre, para ellos, es la culminación del desarrollo de la naturaleza.

Simultáneamente con el avance del idealismo ético del nuevo clasicismo, acentuado por la filosofía de Kant, apareció otro ideal de vida: el cultivo del ideal de lo bello, el idealismo estético.

La íntima correspondencia entre inclinación y deber, entre las tendencias individuales y la ley sobrenatural, tiene que estar basada en la verdad y en la legitimidad interior del carácter de

las personas actuantes. Lllaman bella una acción que nace en el sentimiento de la legalidad. «Recibid el Espíritu Divino en vuestra voluntad, y El descenderá de su sede universal».

Armonía entre naturaleza y espíritu, ese es el verdadero ideal de la vida. El clasicismo alemán, en sus más altos grados de evolución, muestra así una filosofía tan sólida y una altura tan sublime, como nunca existiera en la antigüedad, aunque nuestros poetas clásicos creyeron haberlo encontrado justamente en ella. Schiller era su filósofo teórico y literario. El culto de lo bello, en verdad, formó el ideal de vida de los antiguos griegos y romanos. Y por eso transmitieron nuestros clásicos su mismo concepto—fruto de su siglo—al hombre de los tiempos pasados.

Basándose en los estudios del fundador de la Historia del Arte, Winckelmann, encontraron en las estatuas griegas la unión entre belleza y actitud, como símbolo de la templanza en las emociones. Esta nobleza ética del arte helénico, su moderación ejemplar, su dominio de sí mismo, cualidades admiradas profundamente por Goethe, fueron representadas en su drama «Ifigenia», y en esta figura expresó con plenitud su ideal de humanidad perfecta. En el año de la muerte de su gran amigo Schiller, 1805, Goethe escribió el estudio «Winckelmann y su siglo». Solamente en la ética humanitaria, decía Goethe, «es posible vivir».

El viaje a Italia le significa un regreso a su juventud; se cree, entonces, rejuvenecido del todo. Desde Roma, 1787, escribe: «La vida aquí es una segunda juventud». Es casi una reacción contra el desasosiego de su vida en Weimar. Y se consagra al goce de una vida sin restricciones, a un sensualismo impetuoso, al arte antiguo, a la intuición visual, a la unidad de naturaleza y arte griego. Todo esto creyó haberlo deducido del arte.

Resultaron de esa nueva concepción las «Elegías Romanas», en las que celebró el erotismo estético, sano y natural; esta alegría de vivir según el antiguo ejemplo clásico, felizmente y uniendo la espiritualidad con la vida materialista. Se refleja esta ten-

dencia en el «Fausto» y en el «Egmont». Sería, sin embargo, un gran error creer, que este concepto de vida de Goethe fuese una glorificación del libertinaje. En la epopeya «Hermann y Dorotea» celebró la felicidad burguesa, la inocencia, la normalidad sana y leal en toda su belleza poética, demostrando un amor que conduce naturalmente al matrimonio.

Trató idéntico conflicto en su gran novela «Wilhelm Meister»: la transición de un individualismo egoísta a un socialismo humanitario y la demostración de la belleza de una vida ciudadana así concebida. Así ocurre también al final del «Fausto» y en la propia vida del poeta. Piensa él que la totalidad de la vida es completamente inasible para un individuo solitario. Solamente en las relaciones creadoras entre los hombres, como ya dijimos, en la dedicación de todo el ser a los ideales sociales humanos, consiste el desarrollo supremo del individuo. Se ve claramente el gran progreso del poeta y el contraste con la época pregoethiana, y también la influencia profunda de las teorías de Schiller. En el «alma bella» se encarna el ideal del humanismo neoclásico, la concordancia entre el individualismo con sus leyes propias y lo que exige la comunidad. Es evidente que Goethe vió solamente las consecuencias negativas de la gran Revolución Francesa, especialmente la destrucción del orden social y, sin embargo, celebró con fervor en «Hermann y Dorotea» el desarrollo social tranquilo y orgánico. El mismo conflicto entre orden y pasión, entre ley e inclinación personal amorosa, trató en «Wahlverwándtschaften». El amor, en esta obra, es fuerza cósmica, natural, ciega, contrastando con las instituciones sociales que el autor estimaba. Seguramente, todo eso era un resultado final, difícilmente alcanzado por Goethe en su larga vida, llena de tantas candentes pasiones. Y revivió, sin embargo, una última vez las seducciones juveniles amorosas, a la edad de setenta años, enamorándose en Marienbad de Ulrike von Levétzow, que sólo tenía 18. Pero tuvo que renunciar penosamente a esta pasión demoníaca final, ganando de este modo la literatura las estrofas inmortales de las

«Elegías de Marienbad», en las cuales celebró lo divino del amor puro, bellísimo e inmenso.

Porque el supremo deber, según Goethe, es comunicar a los demás lo que uno siente: «Y cuando el hombre, en su tormento, enmudece, un Dios me regaló el poder de decir lo que me hace sufrir».

Solamente por este acto comunicativo la misión del poeta recibe su justificación.

El gran sabio de Weimar, Johann Wolfgang Goethe, en este mundo de miseria, odio y tristeza, de injusticia y de crimen, nos guía al imperio inmortal de las supremas ideas humanitarias. El es uno de los grandes conductores del mundo, manifestación del Espíritu Divino, como lo son todos los genios; porque el genio desborda la limitada explicación biológica. Es ejemplo y consuelo en la dimensión universal del arte y de la humanidad, y nos estimula a consagrar nuestra vida al servicio de «lo verdadero, de lo bueno y de lo bello»; «dem Wahren, Guten, Schönen»...

«El hombre tiene que ser noble, caritativo y bondadoso, porque esto sólo le diferencia de todos los seres que conocemos».

